

JAMES PATTERSON
BOOKSHOTS



**EL
BUEN
MARIDO**

CON
DUANE SWIERCZYNSKI

EL BUEN MARIDO

JAMES PATTERSON
con DUANE SWIERCZYNSKI

OCEANO *expres*

CAPÍTULO 1

Amo a mi familia. Con pasión, locura y desenfreno. Pero hay días en que los podría...

Vamos, no me quiero quejar. Pero a veces las cosas se ponen caóticas. ¡Qué digo a veces! Se ponen así *todo el tiempo*. Como cuando te esfuerzas por preparar la cena para tres niños hambrientos, a quienes no les gusta comer lo mismo.

Por ejemplo, el mes pasado nuestro hijo mayor, Jordan, decidió que era vegetariano. Era la noche familiar de películas y habíamos puesto *Bambi*. Es una apuesta segura, ¿no? Ja. Cuando Jordan preguntó por qué ese cruel cazador le había disparado a la mamá de Bambi, le dijimos la verdad (siempre les hablamos con la verdad a nuestros niños): el cazador estaba buscando comida para su familia.

Bueno, pues el pobre Jordie nos miró, observó la hamburguesa con queso que tenía en la charola, y luego volvió a levantar los ojos y nos dijo:

—¿Se comieron a la mamá de Bambi?!

Y se acabó la carne para nuestro hijo mayor.

Nuestro hijo de en medio, Jonathan, sólo consume la proteína que venga en forma de *nugget*. No le importa si es procesada u orgánica; ni siquiera si está hecha de la mamá de Bambi. Si es un *nugget* empanizado, se lo come. Y nada más.

En cuanto a nuestra dulce bebé Jennifer... bueno, ella insiste en comer sola, pero normalmente la comida llega a todos lados menos a su boca. Su sillita suele parecer una escena del crimen. Sería más fácil acordonar la zona con cinta de seguridad que limpiarla toda.

De alguna manera logro introducir suficientes nutrientes dentro de sus jóvenes cuerpos para sustentar su vida doce horas más (en otras palabras, hasta la hora del desayuno), ayudar a los dos niños mayores a bañarse, enjuagar a nuestra bebé en el fregadero de la cocina, enfundarlos a todos con sus pijamas, abrir las aventuras de *Babar, el Señor del Reino Elefante* para la hora del cuento y, finalmente, después de todo... llega la hora de ir a la cama.

Pero todavía no termina mi día. Se les olvida la escena del crimen en la cocina.

Después de lavar los platos, limpiar bien todas las superficies y llevar la sillita de Jennifer al basurero de desperdicios tóxicos (donde permanecerá enterrada por al menos cincuenta y ocho años antes de volver a ser segura para cualquier contacto humano), reúno la basura y el reciclaje, y los llevo hasta los botes de plástico que están detrás de nuestra casa.

Tenemos la suerte de vivir muy cerca del hermoso parque Fairmont y del río Schuylkill. A veces les pongo a los niños sus abrigo y los llevo hacia el río para ver a los equipos de regata remar de un lado a otro.

Pero la proximidad del parque significa que hay todo tipo de criaturas del bosque hurgando por ahí. Como las ardillas, a las que les encanta mordisquear nuestros contenedores de plástico para la basura. Un dato curioso: fue justo aquí, en Filadelfia, que por primera vez introdujeron ardillas en los parques de Estados Unidos, allá por 1847. Alguien decidió que a los visitantes de Franklin Square les divertirían esas pequeñas bestias malditas, así que soltaron a tres, junto con un poco de comida y cajas para hacer sus nidos.

Pues, sin duda, las ardillas eran algo muy divertido en ese entonces, pero hoy en día sus descendientes son pequeños rufianes desvergonzados que rompen a mordidas el plástico de calidad industrial para llegar a nuestra basura.

Y eso me recuerda que a esta hora ya debería haber una.

Bajo las escaleras hasta nuestro remodelado sótano y, por supuesto, hay una ardilla color nuez que, enojada, grita y salta de un lado a otro dentro de una jaula de alambre.

Bueno, señor Cola Esponjosa, ¿acaso hubiera sido mejor no meterse a los botes de basura de la gente? Después de ponerme los guantes de hule y la mascarilla, llevo a la ardilla al depósito donde tenemos la caldera y el calentador de agua.

Una vez que cierro la puerta, el lugar queda perfectamente sellado. No hay manera de que nada pueda escapar... ni siquiera el aire. Y de eso se trata.

Giro la boquilla y escucho el suave silbido. Es increíblemente tranquilizador. El señor Cola Esponjosa no tiene la menor idea de lo que está por ocurrirle.

Y también de eso se trata.

CAPÍTULO 2

Teaghan Beaumont carga a su bebé y repasa sus opciones.

Ya le cambió el pañal, dos veces. Le ofreció pecho, pero él se dio la vuelta, gruñón. Le dio unas gotas de simeticona, en caso de que estuviera sufriendo cólicos provocados por gases.

Y no. ¿Quizás está demasiado cansado? Sí, bueno, también Teaghan lo está. *Únete al club, niño.*

Christopher, el bebé, llora y llora, a pesar de que ella se pasea de un lado al otro de su departamento, acurrucándolo sobre su hombro, arrullándolo, cantándole. Aunque sería preferible que Teaghan deje de hacer eso; su marido siempre dice que es más desafinada que un gato resfriado.

—Todo va a estar *bien*, gallito —murmura Teaghan por encima de los gritos lastimeros del bebé—. Va a estar *bien* —no sabe si está tranquilizando a su hijo o a sí misma.

Son las tres de la mañana, y en cinco horas Teaghan tendrá que volver a su empleo después de seis largas, maravillosas y agotadoras semanas de incapacidad por maternidad. Técnicamente, le permiten ocho, pero a su cuenta de ahorros no le importan los tecnicismos. Necesitan su nómina ya.

Su esposo, Charlie, es escritor independiente y, en el mejor de los casos, sus cheques llegan esporádicamente. Aunque a Teaghan le parece que en estas últimas seis semanas él no ha abierto su computadora portátil ni una sola vez. No es que ella lo culpe, ¿cómo podría trabajar cuando tiene un hermoso hijo nuevo en el departamento?

Charlie siempre quiso una familia, pues creció en un hogar lleno de chicos revoltosos criados por padres amorosos y comprensivos. La experiencia de Teaghan fue algo, eh...

distinta, por decirlo de alguna forma. Claro, en teoría, una familia grande sonaba bien, algo que anhelar algún día. Mientras tanto, su empleo era todo para ella. ¡Diablos!, suficiente esfuerzo le había costado hacer un espacio en su horario para su marido.

Pero Charlie le recordaba que el tiempo apremia, y Teaghan sabía que él tenía razón. ¡Vaya injusticia biológica! En teoría, un hombre puede tener un hijo incluso pasados los noventa años, pero si una mujer de cuarenta años trata de embarazarse, se le considera de "alto riesgo". La frase siempre le molestó a Teaghan. ¿*Alto riesgo*, como si pudiera estallar el contenido de su útero?

—Está bien, pequeño —murmulla—. Está bien. Tu mami está perdiendo la cordura pero, te lo prometo, estarás bien.

Los llantos reverberan contra los muros de la planta alta de su departamento dúplex de piedra rojiza. Sus vecinos de arriba, *hipsters* sin hijos, deben estar encantados con todo esto.

A pesar de su avanzada edad de treinta y seis años, Teaghan dio a luz a un niño sano con diez dedos en las manos y diez en los pies, y un par de pulmones increíblemente poderosos (¡vaya que puede gritar!). A Teaghan, sin embargo, no le fue tan bien: le tuvieron que hacer una cesárea de emergencia, la cual la hizo sentirse como inválida y lucir como Frankenstein del cuello para abajo. No se puede mover sin que un sorprendente dolor aparezca de la nada para saludarla. Y, aparte de la cicatriz de la cesárea, nadie le advirtió nada sobre el tema de los pechos hinchados. ¡Oh, rayos! Duelen de sólo *verlos*.

Pero lo peor de todo —y esto es lo que Teaghan jamás esperó— es que no sabe cómo podrá dejar a su bebé durante ocho o diez horas.

La ansiedad por una separación nunca ha sido un problema en su vida. Jamás ha sentido nostalgia. Claro, ama a su marido con todo y sus bromas tontas, pero no tiene el menor problema si sus caminos no se cruzan por varios días.

Pero la idea de dejar a su bebé y decir *Nos vemos a la hora del amamantamiento nocturno, nene...* simple y llanamente se siente terriblemente mal. Cada célula de su cuerpo parece gritar: ¡NO! ¡QUÉDATE EN CASA CON ÉL!

Pero se acabó su tiempo.

Camina con Chris hasta la alcoba; en su antigua mansión de piedra rojiza compartida. La sala y la cocina están arriba, y las dos habitaciones en el sótano. Le da un suave empujoncito a su esposo con el pie. Éste gime pero no se mueve. Ella lo presiona un poquito más fuerte.

—Vamos, Charlie —dice alzando la voz por encima de los aullidos del bebé. Pero Charlie tiene el don de dormir sin que nada lo despierte (por lo visto, ésta es una ventaja genética más que se les concede a los hombres.)

—Agggghh —responde su marido.

—¡CHARLIE!

—Mmm.

—Necesito que lo cargues —dice Teaghan—. Tengo que sacarme la leche y limpiar mi pistola.

CAPÍTULO 3

Ruth, mi esposa, finalmente llega a casa a las 8:20, un poco más tarde de lo prometido. Los niños ya están dormidos, gracias a Dios. Si no, se lanzarían corriendo hasta sus brazos, como si dijeran, *¿papá?, ¿quién?* Pero no importa. Ahora lo único importante es que ella ya llegó a casa sana y salva, y finalmente puedo tener un poco de tiempo para mí.

La camioneta está calle abajo; tuve suerte durante en el día y conseguí un lugar después de un veloz viaje al supermercado. Estacionarse en esta calle puede ser como un combate medieval, y detesto ceder el espacio. Pero, ¿qué más podría hacer?, ¿quedarme encerrado en la casa toda la noche como prisionero? De ninguna manera. La unión es importante para una familia sana, pero también hay que tomarse un tiempo a solas.

Manejo por las angostas calles de Fairmount, hasta pasar Broad, luego doblo a la derecha sobre la calle Diez. Tracé un mapa de las rutas para llegar en un tiempo óptimo — después de todo, no tengo toda la noche disponible— y ésta pareció ser la más veloz.

Aun así, soy un papá en una camioneta, así que los demás conductores me ven como un obstáculo que hay que sortear a toda velocidad, y no como un colega que va y viene del trabajo. Aquí afuera es como estar en *Mad Max*, en donde lucho contra ellos, calle tras calle. Las cosas se vuelven un poco más sencillas una vez que cruzo la calle South y salgo por completo del centro de la ciudad.

Dicho eso, estacionarse en South Philly es una pesadilla, incluso peor que en donde vivo. Doy unas cuantas vueltas, forzando los ojos para cazar un lugar lo suficientemente

grande como para estacionar este mastodonte apto para niños. Lo dificulta estar tan cerca de las angostas y congestionadas calles del famoso mercado italiano, en donde alguna vez corrió Rocky Balboa. Después de veinte minutos serpenteando por el barrio, me queda muy claro por qué Rocky no se molestaba en manejar.

Finalmente, veo un Jeep desvencijado que sale a la calle. Piso el acelerador y llego antes que cualquier otra persona. Sin embargo, este espacio no está hecho precisamente para una camioneta. Ni siquiera estoy seguro de cómo diablos cupo el Jeep ahí. De alguna manera desafió la distancia y el espacio, y logro meterme. Miro las señales de la calle y me doy cuenta que estoy a cuatro manzanas del lugar al que me dirijo. Cosa que no es necesariamente mala, pero, por otro lado, no tengo toda la noche.

Así que me apresuro un poco mientras me quito el suéter de cuello alto y los pantalones caqui, y me pongo el uniforme sobre el cuerpo. Tengo la barriga un poco más grande de lo que quisiera. Claro, tengo abdomen de tablilla de chocolate, pero está medio enterrado bajo otra barra de chocolate, o quizás hasta media caja. De hecho, basta con comer de pie suficientes veces frente al fregadero —normalmente como cualquier cosa que los niños no se acabaron— para que te salga panza. Quizá mañana me lleve a los niños al parque y corra por ahí con ellos. Puedo dejar que Jonathan se siente en mis zapatos mientras hago unos cuantos abdominales. Seguramente le sacaré algunas carcajadas ver a papi respirando con la lengua de fuera.

Con el uniforme finalmente puesto, saco una tabla sujetapapeles y una bolsa de herramientas y bajo caminando por la calle Christian. Aunque el mercado italiano está a sólo unas cuantas manzanas, esta parte de South Philly es relativamente tranquila, en especial en una noche de finales de otoño como ésta. Vuelvo a revisar la dirección en la tabla sujetapapeles, luego toco en la puerta cerrada.

—¿Sí?

La mujer que abre es Donna Pancoast, de treinta y cinco años, y lo primero que noto es que tiene los ojos un poco

hinchados. Quizá por llorar, quizá por beber. Supongo que lo sabré muy pronto.

—PGW, señora —digo, tratando de reprimir mi impulso de soltar una risita—. ¿Tengo entendido que no está funcionando su detector de radón?

PGW son las iniciales de Philadelphia Gas Works, la compañía de gas de Filadelfia. Todos saben que el gas es silencioso y mortal en potencia. Nadie quiere arriesgarse cuando se trata de una fuga o de un detector defectuoso.

Pero la señora Pancoast no tiene la menor idea de qué estoy hablando.

—No llamé a la compañía de gas.

—¿Su marido está en casa?

La expresión en su mirada lo confirma todo. La sola mención de la palabra *marido* hace que los ojos se le opaquen un poquito. Ha estado llorando y también bebiendo. Puedo ver una garrafa casi vacía de vino tinto en la mesa del comedor.

—¡Ray! —grita hacia el fondo de la casa. Sin embargo, se hace a un lado para dejarme entrar.

Les digo algo: es el uniforme. Basta con que uno se dé el más ligero aire de autoridad, y la gente lo dejará hacer básicamente cualquier cosa.

CAPÍTULO 4

La casa es del estilo más viejo. Los nativos de Filadelfia las llaman "hogares en fila", aunque técnicamente se les debería de llamar "casas en fila". Una casa es un edificio; un hogar es una casa con una familia adentro. La distinción es importante. Nadie dice, "No hay lugar como la casa".

Sin duda, este hogar contiene una familia. Todos están en habitaciones separadas, por supuesto, perdidos en sus ocupaciones individuales. Lo más seguro es que también cenaron por separado, cosa que es una lástima. No saben cómo me hiere que toda mi familia sólo pueda cenar junta los fines de semana, pero eso es por necesidad laboral. Con los Pancoast es una cuestión de decisión.

Donna vuelve a llamar a su marido, y hay un mayor asomo de irritación en su voz.

—¡Ray! ¿Puedes bajar en este momento, por favor?

—Está bien, está bien. ¿Qué te pasa?

Cuando Ray baja las escaleras, entiendo por qué su esposa recurre a la bebida. El hombre es un jabalí chato y descomunal, incluso es más feo en persona que en los periódicos.

—Señor Pancoast, su detector de radón no está funcionando correctamente. ¿Podría llevarme abajo para poder remplazarlo?

—Yo no les llamé solicitando ningún detector de radón defectuoso. Creo que estás en la casa equivocada, amigo.

—Los revisamos de manera inalámbrica —le miento—. Uno de nuestros camiones pasó por aquí hoy, más temprano, y levantó la alerta.

Nota: estoy inventando por completo. Las compañías de gas no se pasean por ahí para revisar equipos que no fun-

cionan correctamente. Por otro lado, tampoco estoy lidiando con un brillante neurocirujano.

Pancoast me mira de arriba a abajo por un minuto, luego decide que no presento ningún tipo de amenaza.

—Sí, vamos, te lo muestro.

Lo sigo al estrecho sótano, el cual está hecho un desastre. Mientras camina hacia el medidor de gas, saco una llave Stilson de mi bolso de herramientas, asegurándome de dejar justo la cantidad suficiente de espacio entre nosotros. Demasiado lejos, y fallaré. Demasiado cerca, y no lograré empuñarla correctamente.

—Está aquí.

—¿Dónde? —pregunto, fingiendo que no veo.

Sujeto bien la llave Stilson y me preparo. Sólo es una ardilla grande, una ardilla peluda de 110 kilogramos con panza cervecera y mal aliento.

—Justo aquí, ¿qué, estás ciego...?

El metal golpea el cráneo, y buenas noches, señor Pancoast. Se desploma en el suelo con toda la gracia de un costal de papas cayendo sobre un muelle.

—No estoy ciego, Ray —le susurro, aunque no hay manera de que me escuche—. De hecho, lo veo todo.

No es difícil encontrar la tubería correcta. Las casas de fila de Filadelfia tienen algo en común: son confiables y predecibles.

Me coloco la máscara para respirar y me preparo para hacer lo mío.

CAPÍTULO 5

Termino en menos de una hora y media, de principio a fin.

¿Así o más eficiente?

Cuando llego a mi calle, ya desapareció mi lugar, por supuesto. Pero, ¡miren! Hay un espacio disponible todavía mejor, mucho más cerca de nuestra casa. Los dioses del estacionamiento me están sonriendo. Claro, es un buen augurio.

Ya pasaron las diez de la noche, y Ruth ya está en cama, con Jennifer acurrucada cerca de ella. Detesto molestarlas. Entro lo más silenciosamente posible, me quito la ropa (no se preocupen; el uniforme de PGW está escondido donde nadie lo puede encontrar) y me meto bajo las tibias sábanas. Siento que Ruth se mueve un poquito. La dulce, pequeña Jennifer, mientras tanto, está muerta para el mundo. ¡Que Dios la bendiga!

—Siento despertarte —le susurro a mi esposa.

Ruth murmura algo que suena vagamente coherente, pero tras analizarlo un poquito más, me parece que en realidad es cien por ciento galimatías.

—Mañana podrás dormir un poco más tarde —le digo a Ruth—. Sé que tuviste un día duro en el trabajo.

Otro murmullo. ¿Quizás está diciendo *Está bien?* ¿O, *amén?* Es difícil de distinguir.

—Yo llevo a los niños a la escuela y me llevo a este animalito de compañía, ¿te parece?

Aunque no contesta, Ruth acerca más su cuerpo al mío.

Coloco la mano sobre su cadera y la aprieto suavemente.

—Que sueñes con los angelitos, cariño —susurro. Le beso la cabeza, y me empapo del aroma de su champú. No sé

cómo, pero incluso después de un día en la ciudad, su cabello siempre me resulta embriagador.

Nos quedamos dormidos juntos, y gozo de la paz y comodidad de ello. Espero que la familia Pancoast esté disfrutando una paz parecida.